

—La sé. —dijo él, con una sonrisa pícaro.

—Yo también la sé. —respondió ella, con un gesto algo tímido.

—... no, no, no, ¿Estás segura que te la sabes bien?

— ¡Claro que sí!

—Porque soy experto en la materia, te recuerdo. —repuso él, mezclando un cálido ronroneo en su tono, que no lograba imitar bien. La mujer le devolvió un pequeño puñetazo en el hombro, desganado, y se rió— Bueno, está bien. La sabes. ¿Y esta otra?

Él pasó la página del libro, mientras se divertía besando los largos cabellos negros de su amante, con alegría. Varios pares de manos le acariciaban el cuerpo, cálidamente, aunque estaban relajados en la comodidad de muchos almohadones de seda y envueltos en tibias mantas. Sostenía a la más importante entre sus brazos, y las demás, copias exactas de ella, lo sostenían a él contra sus pechos. Era un nido tibio de brazos y piernas enredados, y sólo eran dos, en efecto. Amaterasu, la diosa sol japonesa, y Hermes, el joven dios del comercio, los mensajeros y los ladrones. Ella usaba su habilidad secreta para mantenerlo ocupado, de vez en cuando: podía generar copias de sí misma, para deleite de Hermes.

Era su fantasía hecha realidad, casi podía decirse que había hallado a la mujer de su vida, si no fuera porque jamás pensaba atarse a nadie.

—También la sé. —repuso ella, con una sonrisa.

— ¿Estás segura? No te creo. Es bastante difícil.

— ¿Quieres que te lo pruebe?

Hermes miró sus brillantes ojos dorados con embeleso y le besó la nariz.

—No, preciosa, está bien. Te creo, sólo estoy bromeando.

Amaterasu cambió la hoja esa vez.

Ella miró la página del gran libro de pergamino y cuero que tenía sobre su regazo y señaló las coloridas ilustraciones con un dedo. Estaban jugando a quién sabía más. Pasaban un rato juntos, con algún documento antiguo o un libro, y veían quién de los dos conocía más detalles acerca del volumen o del tema. Y esa vez, la víctima era un libro muy antiguo que Hermes había conseguido en la India, con ilustraciones muy interesantes. La diosa sol se había sonrojado un poco al verlas, porque eran muy hermosas y bastante detalladas, aún para el período histórico y la antigüedad del tomo. Hermes había elegido ese libro especialmente.

Él señaló la decorada página y le susurró al oído:

— ¿Y esta de aquí?

—También la sé. ¿O qué te pensabas?

—No sé, tú dime.

—Soy vieja, te he dicho. —repuso Amaterasu, con un soplido.

—Que seas vieja no quiere decir que lo hayas visto todo.

Hermes le mordisqueó suavemente el lóbulo, aunque no con la calidad con que ella mordía; pero le gustó escucharla suspirar arrobada de delicia. La diosa se relajó más, cerrando los ojos por un instante.

—Pues me la sé.

—Mhh... —él movió la página y con ojos impresionados, observó los siguientes dibujos con la boca abierta— ¡Eh! No me acordaba de éstas. Y eso que he leído este libro como cien veces.

—Pues yo sí la sabía. —se burló ella, sacándole la lengua.

Hermes se rió y continuó moviendo páginas, esa vez con su telequinesis, para usar las dos manos en el cuerpo de su amante, con paciencia. Su piel era tibia como los rayos del sol en la mañana temprana, y suave como la seda de los kimonos que vestía. Toda ella menuda y preciosa. Un poco demasiado menuda para su gusto, quizá, porque no tenía un exuberante pecho pero sí unas caderas a su medida. Y sus copias eran igual de bellas. De verdad era el Paraíso. Desde que tenían ese mutuo acuerdo de “amigos con derechos especiales”, Hermes iba a visitarla en sus días libres (una vez cada cuatro días, pero con la habilidad de él para volver en el tiempo varias veces, ella lo veía todos los días), y pasaban un rato agradable, relajándose, comiendo, disfrutando unos masajes de primera o una conversación inteligente y amena. O teniendo sexo con

ella, por supuesto, con ella y sus múltiples copias. Pero aunque su deseo era prácticamente insaciable, Hermes no quería llenar sus momentos sólo con sexo y a veces hacían otras cosas. Como ese juego de ver quién sabía más.

Obviamente, Hermes estaba convencido de que Amaterasu era más sabia.

Ella era vieja, había dedicado sus años a estudiar y mejorar, no como él que se había dedicado a ser un pilluelo, parrandero y mujeriego. De todos modos, siempre había algo que uno le podía enseñar al otro y lo seguían descubriendo. Ella le había enseñado el arte de la paciencia, aunque no terminara jamás de asimilarlo. Nunca podría ser tan paciente como ella.

A veces, jugaban un juego que a él lo enloquecía y tenía que ver con esperar. Lo más posible, hasta que no aguantara más...

Era fantástico. Ella era fantástica.

La mujer de su vida, dirían algunos.

Hermes se reía pensando en el tema. Y se sonrió al pasar otra hoja que mostraba una escena muy particular.

—Es bastante... colorida. —dijo ella, con la garganta seca por la impresión.

—Apuesto a que los colores no son lo único interesante. —observó Hermes, en sus ojos había una picardía incierta— No te la sabes, ¿Cierto?

—... puede. He tenido mucho tiempo para leer, pero no he leído todo lo que hay.

—Seguro. —se burló él, mostrándole una sonrisa.

Amaterasu frunció el ceño, sintiéndose un poco ofendida a pesar de que se había acostumbrado a su carácter provocador. Empezó a pasar las hojas una tras otra, muy rápido, diciendo “¡La sé!” sobre cada una de las ilustraciones. Provocó la risa de Hermes una vez más y él la atacó con besos en el cuello. La diosa se vengó enviando a sus dobles a recorrerle el cuerpo con manos ansiosas, hasta que él se rindió y pidió piedad. El libro corría peligro, tenía que devolverlo.

Ella hizo desaparecer a todas sus dobles con un soplo y sólo quedaron ellos dos. Lo envolvió en sus brazos y le besó, con entusiasmo, probando las habilidades del joven Hermes. Joven en apariencia, porque los dos eran igual de viejos y de solitarios, habían logrado encontrarse casi por una curiosa casualidad que terminó siendo una de las más convenientes apuestas para ambos. Él tenía mucha energía y tiempo para desperdiciar, ella no podía abandonar su templo. Congeniaban mucho mejor de lo que

jamás hubieran imaginado. Se divertían mucho juntos, podían hablar de casi cualquier cosa...

A ella le fascinaba el encanto y la caradurez occidental de Hermes. A él le gustaba mucho la aparente timidez y las maneras orientales de Amaterasu.

Se mantenían ocupados juntos, se divertían...

Entre besos, lamidas, mordidas, abrazos y múltiples caricias, terminaron de leer ese libro grueso de páginas amarronadas y Hermes lo levantó en el aire, lo hizo desaparecer de su mano devolviéndolo a la biblioteca hindú a la que pertenecía. Se arrastró sobre el futon y revolvió su bolso de mensajero, que había quedado abandonado en el suelo con el resto de su ropa, y sacó otro grueso volumen encuadernado en cuero. Se volvió sobre su hombro, mirando a la diosa sol con una sonrisa entre irónica y lasciva en los labios.

La herencia de Zeus brilló en sus ojos, un relámpago de pura vivacidad:

—Bueno, ¡Terminamos el Mahābhārata! —le hizo notar él, con alegría— Ahora, tengo uno que estoy seguro de que te gustará. Quizá lo conoces... una anciana cachorra como tú, seguro ayudó a escribirlo y todo.

Le puso sobre las piernas un pesado y antiguo ejemplar del Kamasutra. Amaterasu se puso roja como un tomate, primero, y se le cayeron las orejitas.

Pero luego, la diosa le tomó la barbilla con sus dedos de seda y le arrancó un pequeño beso, cálido como ella. Con una sonrisa tan o más desvergonzada que la de Hermes, comentó:

—Pero, colibrí, si a ese libro te lo puedo leer hasta con los ojos cerrados...

Un cosquilleo de emoción hizo revolotear el corazón inquieto de Hermes. Oh, sí. Ella podría ser la pareja definitiva de su vida, si tan solo quisiera algo como eso.